

Cuando Amira fue alcanzada en una pierna por la metralla de una bomba no pensó en cómo podría afectarle en su futuro, pues todavía era una niña de cinco años. Por fortuna, en 1998, tres años después del fin de la guerra de Bosnia, comenzaría un nuevo y esperanzador porvenir para ella y su familia.

Algunos niños bosnios, especialmente los huérfanos o los que habían sido heridos, tuvieron la opción de pasar el verano como refugiados en otros países. De este modo, Amira llegó a Ejea de los Caballeros con diez años, arrastrando las secuelas y la pobreza que supone una postguerra.

Gracias al acogimiento de Angelines y su familia pudo repetir esta grata experiencia tres veranos consecutivos. En 2001, en su cuarto viaje a España, fue acompañada por su padre, a quien le habían dado la oportunidad de trabajar en el sector de la construcción en Ejea. Tras un año juntos en este municipio, se sumaron a ellos su madre y sus hermanas y apostaron por reiniciar allí la vida familiar que les había sido arrebatada en su país.

Llegado el 2003, Amira ya era una quinceañera. Por entonces controlaba el castellano y, sin olvidar su origen, sentía que Ejea era su hogar. Estudiaba en el instituto, pero al terminar la educación obligatoria empezó a trabajar porque debía ayudar en la economía de su hogar. En esa época adolescente inició una relación con Alfredo, un ejeano de su misma edad. Él no imaginó que pasada una década se casaría con esa chica de su pueblo y, a la vez, de un lugar tan lejano.

A pesar de conocerse muy jóvenes, su amor los mantiene unidos día a día. Después de su primer lustro de casados recibieron con suma alegría a Diego, su primogénito y, dos años más tarde, repitieron ese entusiasmo con el nacimiento de Alen.

Durante su vida en común, Alfredo se ha esmerado en aprender el idioma nativo de su mujer, por su cuenta y riesgo, con la intención de poder comunicarse lo mejor posible cuando van a Bosnia. Además, le gusta formar parte de su cultura siempre que están allí, al igual que Amira se adaptó desde pequeña a las costumbres españolas. Así, ambos comparten no solo su vida desde que se conocieron, sino también sus respectivas raíces.

Después de mucho tiempo viajando por diferentes destinos como comercial, Alfredo decidió centrarse en estudiar una oposición de policía local. Estaba convencido de que podía conseguirlo y de que era una buena alternativa para disfrutar más de la compañía de los suyos. Finalmente, en 2024 se incorpora a la plantilla policial de Ejea con gran orgullo para él, su mujer, sus hijos y todos los que lo apoyaron en su decisión.

Esta pareja ha demostrado que con esfuerzo, dedicación y apoyo mutuo es muy probable conseguir objetivos que podrían parecer inalcanzables. Asimismo son el reflejo de que a veces se presentan dificultades que, pese a dejar una huella imborrable, pueden llevar a un destino mejor de lo esperado.

